

9 de octubre de 2022 -- 28º domingo "C"

[2 Reyes 5-14-17; 2 Timoteo 2:8-13; Lucas 17:11-19](#)

Homilía

El tema de las lecturas del domingo pasado fue la fe ("Si tuvieras fe, tan grande como un grano de mostaza, le dirías a este árbol 'arráncate y vete a plantar al mar' y te obedecería"). Las lecturas de hoy de la Palabra de Dios nos hablan de una dimensión de la fe o, si lo prefieres, de una consecuencia de la fe: la curación. Tanto la primera como la tercera lectura nos hablan explícitamente de la curación, y de la curación por la fe.

En el primero, vemos a Naamán, oficial del ejército sirio, y por tanto extranjero, que llega a la tierra de Israel para ser curado de la lepra por Eliseo, el profeta de Dios. Tras su curación, quiere recompensar al profeta, pero Eliseo se niega, porque sabe que no es en absoluto el autor de esta curación. Sólo fue el intermediario de la acción de Dios. Así que el Sirio pide que se le permita llevarse a casa parte de la tierra de Israel para poder ofrecer culto al Dios de Israel.

En el Evangelio vemos a diez leprosos curados, curados porque creyeron. Los diez creyeron y todos fueron curados por su fe, pero sólo uno pensó en volver para dar las gracias. Al igual que Naamán, era un extranjero. Era un Samaritano. Lucas, que es el único evangelista que nos da este relato, insiste en este hecho. Se interesa primero por lo que piden los leprosos y luego por las palabras de Jesús cuando vuelve el samaritano, al que llama "este extranjero". Esta es la única vez que la palabra "extraño" (alógeno) aparece en el Nuevo Testamento. Jesús muestra un gran respeto hacia este extranjero, este samaritano, para quien no tenía sentido mostrarse ante los sacerdotes de Israel. Este extranjero quiere inclinarse ante Jesús como un siervo o un esclavo ante su amo, para dar las gracias. Pero Jesús no acepta esta actitud de siervo y le dice que se levante: "Levántate", le dice. Dios, que creó a los seres humanos a su imagen, espera que se mantengan erguidos ante él, en toda su dignidad de hijos o hijas de Dios.

Estas dos historias, la del Libro de los Reyes sobre Naamán el sirio y la del Evangelio, también pueden servirnos para preguntarnos sobre nuestra actitud hacia los "extranjeros", recordando que el propio Jesús vino a nosotros como extranjero. Además, cada uno de nosotros es Naamán y cada uno de nosotros es uno de los leprosos curados por Jesús. ¿Somos nosotros los que volvemos a dar las gracias, o uno de los otros nueve?

Si conocemos algo de nosotros mismos, sabemos que todos somos seres heridos. Todos llevamos con nosotros nuestro propio peso de heridas. Estas pueden ser superficiales, como pueden ser profundas. Pueden ser físicas, psicológicas o espirituales. Puede que nos hayan herido de niños, o de jóvenes adultos, o más tarde. Hemos experimentado fracasos de diversa índole en nuestra vida. Y, además de todo esto, obviamente tenemos las heridas de nuestros pecados.

Jesús nos ofrece la curación de todas estas heridas. De hecho, no tenemos que esperar a que venga a hacer un milagro en nosotros, porque todos tenemos un poder dentro de nosotros mismos que puede curar todas nuestras heridas. Este poder de curación que llevamos dentro es Cristo que habita en nuestros corazones. Este poder de curación necesita ser liberado, activado; y es activado por la fe. La fe se produce a través de un encuentro personal con Cristo mismo o, a veces, con un mensajero de Cristo, un profeta.

John Henry Newman, en su libro "La gramática del asentimiento" (The Grammar of Assent), al hablar del asentimiento de la fe, hace una importante distinción entre el asentimiento conceptual (o "nocial") y el asentimiento real. Se puede asentir plenamente a todas las "verdades" enseñadas por la Iglesia, pero no tener una verdadera relación de fe con Dios. Por el contrario, es posible, incluso sin conocer la doctrina de la Iglesia o sin poder adherirse a ella intelectualmente, tener una verdadera relación de fe con Dios.

No sólo debemos tener cuidado de reconocer a los mensajeros que nos envía Jesús, sino que todos estamos llamados a ser profetas unos de otros, como lo fue Eliseo para Naamán, y por tanto llamados a ser una fuente de fe y curación para los demás.

De hecho, esta gracia curativa ocurre tan a menudo en nuestras vidas que a menudo no le prestamos suficiente atención. Como los nueve leprosos del Evangelio, a menudo nos olvidamos de volver a decir "gracias", y de ofrecer a Dios nuestra alabanza y adoración.

En esta Eucaristía demos gracias a Dios por haberse convertido, en Jesús, en el médico de todos nuestros males y heridas, y por habernos liberado de nuestros pecados. Pidámosle también a Él, que se hizo extranjero entre nosotros, que nos dé actitudes de compasión hacia todos los extranjeros o refugiados entre nosotros.

Armand Veilleux